

dad entera se encuentra en plena crisis de revuelta. La nave del Estado, en cualquier nación del orbe, se asemeja a esa urca fantástica descrita en *El hombre que ríe* por Víctor Hugo, la que vuela arrebatada en las tinieblas, y apenas escapa del escollo para correr el temporal, desarbolada y sin gobierno. Dado que el alto ejemplo de Francia sea contagioso para preservarnos del delirio "maximista", quedará en frente de nosotros, resuelto y fuerte, el socialismo, con su programa de exigencias, en parte legítimas. Conjuradas las revoluciones sociales, cuyo parto sería el desorden caótico si no la ruina completa o parcial de esta civilización milenaria, se imponen como imprescindibles y urgentes las reformas profundas que restauren en su normalidad el cuerpo nacional, eliminando o renovando sus órganos caducos. Sea o no científico el socialismo de Marx y sus secuaces; contengan o no alguna posibilidad de realización futura el sindicalismo revolucionario y el colectivismo anárquico,—la verdad indiscutible, hartamente evidente y palpable, es que el presente desquicio universal,—